

CERVANTES Y BORGES.  
RELACIONES INTERTEXTUALES  
EN “PIERRE MENARD, AUTOR DEL *QUIJOTE*”

*Carmen R. Rabell*  
Pittsburgh University

En *Lengua y literatura de Borges*, Arturo Echavarría postula que a través de los ensayos, entrevistas y prólogos del autor, se desprende una teoría del lenguaje que fundamenta, a su vez, la teoría literaria implícita en su práctica creativa. Sostiene Echavarría que ensayos y prólogos de Borges que han sido estudiados como escritos teóricos de metafísica o como crítica literaria son, en realidad, indagaciones sobre la naturaleza del lenguaje y la literatura (29). Señala, por ejemplo, que el autor aplica el argumento de Berkeley de la percepción como condición de existencia del mundo externo a la literatura, que no posee existencia independiente del lector y el escritor (48).

Echavarría establece la relación entre la teoría del lenguaje de Mauthner y la teoría literaria borgiana en cinco cuentos: “Tlon, Uqbar, Orbis Tertius”, “El acercamiento a Almotásim”, “Los teólogos” e “Historia del guerrero y la cautiva”.

Se propone comprobar la presencia de una teoría del lenguaje y la literatura en “Pierre Menard, autor del *Quijote*” tomando el estudio de Echavarría como punto de partida.

El lenguaje es arbitrario: no hay una total correspondencia entre las palabras y las cosas (Foucault 52). Según Foucault, antes del siglo XVII se creía en la correspondencia de las palabras y las cosas. En el Renacimiento, por ejemplo, la organización de los signos es ternaria “puesto que se apoya en el dominio formal de las marcas, en el contenido señalado por ellas y en las similitudes que ligan las marcas a las cosas designadas” (50). Sin embargo, a partir del siglo XVII la disposición de los signos se hace binaria, desaparece ese “algo” que establecía la semejanza entre su significante y significado (50). Si bien la no correspondencia entre las palabras y las cosas le imposibilita al lenguaje reflejar la realidad, lo lanza irremediamente al terreno de la ficción, también le abre las posibilidades de la polisemia (50).

Pese a su arbitrariedad, el lenguaje es también, según Borges y Mauthner, de naturaleza comunitaria. Se puede dar la comunicación a través de un lenguaje arbitrario, ya que las palabras aluden a emociones y experiencias compartidas por un grupo social. Dichas experiencias comunes posibilitan la asociación de las palabras con las cosas designadas. Como afirma Echavarría:

[...]el lenguaje arrastra tiempo, recuerdos ajenos, y es, además, un índice de memorias, un catálogo de experiencias.

A la interrogante de cómo es posible que diversos individuos se entiendan, se comuniquen, Mauthner responde aludiendo al presupuesto de un pasado compartido implícito en el lenguaje. (111).

Debido a la naturaleza arbitraria y comunitaria del lenguaje, Borges también lo concibe como un instrumento incapaz de proyectar el "yo". La negación de la individualidad, denominada "pan-psiquismo" por Echavarría, está presente en el ensayo "La flor de Coleridge", en el cual Borges cita a Valéry cuando dice:

La historia de la literatura no debería ser la historia de los autores y de los accidentes de su carrera o de la carrera de sus obras sino la Historia del Espíritu como productor o consumidor de literatura. Esa historia podría llevarse a término sin mencionar un solo escritor. (639).

La impersonalidad o negación del "yo" que propicia el lenguaje lleva al narrador de "Tlon, Uqbar, Orbis Tertius" a proponer un mundo en el cual "se ha establecido que todas las obras son de un solo autor, que es intemporal y es anónimo" (439). También en "La flor de Coleridge", Borges señala lo siguiente:

Para las mentes clásicas, la literatura es lo esencial, no los individuos. George Moore y James Joyce han incorporado en sus obras, páginas y sentencias ajenas; Oscar Wilde solía regalar argumentos para que otros los ejecutaran; ambos conductos, aunque superficialmente contrarios, pueden evidenciar un mismo sentido del arte. Un sentido ecuménico, impersonal. (641)

La comunitariedad e impersonalidad del lenguaje permite la intertextualidad; en palabras de Kristeva, que en un texto se crucen y neutralicen enunciados tomados de otros textos (15), o, como afirma Borges, que Joyce se apropie de sentencias ajenas mientras Wilde las ande regalando generosamente.

Según Echavarría, Borges también teoriza sobre la temporalidad del lenguaje, sobre su linealidad y su transformación semántica dependiente de las coordenadas históricas (72). Esta temporalidad del lenguaje reafirma su arbitrariedad a la vez que posibilita la intertextualidad. La linealidad del lenguaje, su índole sucesiva, le imposibilita narrar la simultaneidad, evidenciando su arbitrariedad, mientras la alteración semántica de las palabras, su dependencia de coordenadas históricas, implica que un texto no sólo puede incorporar enunciados de textos anteriores sino que, como diría T.S. Eliot, también un texto posterior puede modificar uno precedente. Si, como afirma Borges, el texto es tanto producto de su creador como del lector que lo reconstruye, y cuya cultura acumulativa incluye incluso textos posteriores, entonces, definitivamente, el intertexto se neutraliza y modifica en su nuevo espacio simbólico. El texto es inagotable, cada individuo o generación lo lee a partir de su experiencia vivencial y cultural acumulativa. *El Quijote* fue en su tiempo una parodia, se transformó en portavoz de la rebeldía romántica por excelencia (Bertrand) y hoy ha sido leído como la articulación de una teoría literaria moderna (Riley).

La temporalidad del lenguaje refuerza, pues, su arbitrariedad y posibilita la ampliación del concepto de intertextualidad, propiciado, a su vez, por su naturaleza comunitaria e impersonal. Pero, como afirma Echavarría, la misma comunitariedad temporal del lenguaje lo hace, contradictoriamente, atemporal (76). Si el lenguaje, especie de memoria colectiva, arrastra experiencias compartidas que fueron, a su vez, representaciones simbólicas arbitrarias, se infiere su capacidad de reciclar experiencias del pasado. Paradójicamente, el lenguaje es cíclico a la vez que sucesivo.

Según Echavarría, Borges intenta variar y multiplicar el lenguaje para vencer su naturaleza impersonal mediante dos procedimientos: empleando las palabras en su rigor etimológico y apropiándose de una palabra para imprimirle un significado



especial (87). Un escritor puede dotar una palabra de un sentido que trascienda el referente normal mediante un procedimiento intertextual "que consiste en redes de alusiones externas y alusiones internas" (88). La alusión externa es la referencia a textos de otros autores y épocas mientras la interna es el uso particular y atípico de una palabra y su repetición o alusión en textos del mismo autor (88).

En "Pierre Menard, autor del Quijote" se ilustra la teoría del lenguaje y la literatura presente en los ensayos de Borges. El texto es un cuento que aparenta ser un ensayo de crítica literaria sobre Pierre Menard, autor que ha decidido escribir el *Quijote* sin acudir a la novela de Cervantes.

Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran —palabra por palabra y línea por línea— con las de Miguel de Cervantes. (446)

El relato es narrado por un supuesto crítico literario que trata de desentrañar el significado teórico de la tentativa literaria de Menard.

Para lograr su propósito, Menard concibe inicialmente un método: apropiarse del idioma y las costumbres de la época de Cervantes y olvidar la progresión del tiempo, su presente histórico.

El método que imaginó era relativamente sencillo. Conocer bien el español, recuperar la fe católica, guerrear contra los moros o contra el turco, olvidar la historia de Europa entre los años de 1602 y de 1918, ser Miguel de Cervantes. Pierre Menard estudió ese procedimiento (sé que logró un manejo bastante fiel del español del siglo diecisiete) pero lo descartó por fácil (447).

Menard hace una tentativa de recuperar el lenguaje del siglo XVII para rescatar la experiencia comunitaria, la memoria colectiva e ideología que haría posible la escritura del *Quijote*. Pero recuperar el lenguaje como experiencia comunitaria implica para Menard olvidar la progresión histórica, borrar la transformación semántica de las palabras, reconocer la temporalidad del lenguaje y, por lo tanto, aceptar el fracaso de su proyecto inicial, descartándolo olímpicamente por fácil. Decide, entonces, acudir a un proyecto distinto pero igualmente descabellado.

Ser en el siglo veinte un novelista popular del siglo diecisiete le pareció una disminución. Ser, de alguna manera, Cervantes y llegar al *Quijote* le pareció menos arduo —por consiguiente, menos interesante— que seguir siendo Pierre Menard y llegar al *Quijote*, a través de las experiencias de Pierre Menard (447).

Este segundo método pretende negar la naturaleza temporal del lenguaje, ya Menard no quiere dejar de serlo, para aducir a su naturaleza atemporal o cíclica, a su capacidad de reproducir experiencias que temporalmente pertenecen al pasado. Se trata de una aplicación al lenguaje del mito nietzschiano del eterno retorno. Tal vez por esta razón, Menard afirma lo siguiente:

"Mi empresa no es difícil, esencialmente" [...]. "Me bastaría ser inmortal para llevarla a cabo" (447).

La aplicación del modelo de Nietzsche se evidencia en el texto mismo a través de una alusión externa y pseudoexterna. El narrador afirma que la baronesa de Bacourt,

personaje del texto, ha visto la influencia del filósofo en la tentativa literaria de Menard (449).

Los presupuestos teóricos implícitos en la tentativa absurda de Menard, crear el *Quijote* en pleno siglo veinte, son: el carácter comunitario del lenguaje, su naturaleza a la vez cíclica y temporal. Curiosamente, el carácter comunitario y temporal del lenguaje hacen posible la intertextualidad. “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, cuya base teórica es una síntesis anuladora de contradicciones, propone a la literatura como un fenómeno intertextual y al espacio textual como una superficie abierta y cerrada, lineal y cíclica, si se quiere, rizomática. Pero, a tono con la concepción borgiana del lector como condición indispensable del texto, que no existe fuera de la percepción de un receptor, la intertextualidad se convierte también en una estrategia de lectura, o más bien, de ‘escrilectura’:

Menard (acaso sin quererlo) ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas. Esa técnica de aplicación infinita nos insta a recorrer la *Odisea* como si fuera posterior a la *Eneida* y el libro *Le jardin du Centaure* de Madame Henri Bachelier. Esa técnica puebla de aventuras los libros más calmosos. Atribuir a Louis Ferdinand Céline o a James Joyce la *Imitación de Cristo* ¿no es suficiente renovación de estos tenues avisos espirituales? (450)

La cultura del ‘escrilector’ del texto le superpone incluso intertextos posteriores. El anacronismo deliberado propone la lectura como un proceso creativo, o de otro modo, pseudoobjetivo, como otro discurso que fluctúa entre la linealidad y la circularidad de un lenguaje escindido por la no correspondencia entre las palabras y las cosas. El discurso crítico literario ha sido condenado, por el lenguaje, a la ficción. Dicha ambivalencia se presenta, además, en un texto ficcional que simula un discurso ensayístico bajo la voz de un narrador disfrazado de crítico literario.

Pero “Pierre Menard, autor del *Quijote*” no sólo expone una teoría intertextual sino que también está estructurado a base de dicha técnica. Recordemos la ya mencionada alusión a Nietzsche y, por supuesto, las referencias a los capítulos del *Quijote* que, supuestamente, Menard llegó a reescribir. El narrador apunta que Menard logra reescribir “los capítulos noveno y trigésimo octavo de la primera parte del don *Quijote*” y de “un fragmento del capítulo veintidós” (446). También añade que aunque Menard no llegó a escribir el capítulo XXVI, le parece ver en este capítulo del *Quijote* el estilo de éste:

¿Confesaré que suelo imaginar que la terminó y que leo el *Quijote* —todo el *Quijote* — como si lo hubiera pensado Menard? Noches pasadas, al hojear el capítulo XXVI no ensayado nunca por él— reconocí el estilo de nuestro amigo y como su voz en esta frase excepcional: “las ninfas de los ríos, la dolorosa y húmida eco”. (447)

La supuesta semejanza de estilo entre la escritura de Menard y el lenguaje híbrido del narrador del *Quijote*, contaminado por los subtextos parodiados (el estilo de don Quijote y los libros de caballerías), no es solamente un chiste literario. Esta frase aparece en la novela de Cervantes como muestra del desastroso estilo literario de don Quijote, quien imita punto por punto la retórica altisonante de los libros de caballerías. El capítulo XXVI es una ilustración de la teoría intertextual. En éste, don Quijote



hace penitencias de enamorado en Sierra Morena y se detiene a pensar si debe "imitar a Roldán en las locuras desaforadas, o a Amadís en las melancólicas" (272). Cervantes incorpora los libros de caballerías y los modifica. ¿Quién puede leer hoy las penitencias furiosas de Roldán o las nostálgicas de Amadís sin recordar las locuras de enamorado que hizo don Quijote en Sierra Morena? El estilo de Pierre Menard es identificado, pues, por el narrador pseudocrítico con el fenómeno intertextual. Sin embargo la frase aludida es, precisamente, una recreación del narrador del *Quijote* que, convertido en crítico literario, se burla de la retórica ampulosa del personaje. El estilo de este narrador coincide más bien con el del narrador de "Pierre Menard, autor del *Quijote*", proponiéndose, una vez más, la identificación entre autor y lector, lectura y escritura, ficción y crítica.

A su vez, el capítulo XXVI muestra una de las varias ocasiones en que don Quijote se da a la deliberada tarea de recuperar la correspondencia entre las palabras y las cosas imitando con sus actos los ya escritos libros de caballerías. Como apunta Foucault, don Quijote tiene que imitar los libros de caballerías para que las palabras (los libros de caballerías) parezcan guardar relación con las cosas (lo que hace y le ocurre al personaje) (54). Don Quijote transforma molinos en gigantes y rebaños en ejércitos. Pero la realidad se hace contundente: los molinos dejan molido a don Quijote y los rebaños lo maltrechan otro tanto. Ante esa realidad que no corresponde a la de los libros de caballerías, el personaje convierte al típico mago encantador en un villano que transforma la realidad para arrebatarse su gloria. Como afirma Foucault, "la magia, que permitía el desciframiento del mundo al descubrir las semejanzas secretas bajo los signos, sólo sirve ya para explicar de modo delirante por qué las analogías son siempre frustradas" (54). El capítulo XXVI del *Quijote* es, pues, una ilustración de la arbitrariedad del lenguaje y de la intertextualidad, ejes fundamentales de la teoría implícita en el intento literario de Menard.

El concepto de la arbitrariedad del lenguaje y la polisemia que ésta permite, están también presentes en el capítulo XXII del *Quijote*, del cual supuestamente Menard llegó a escribir un fragmento. Don Quijote no entiende el lenguaje marginal de los galeotes y, aunque hablan el mismo idioma, no pueden comunicarse. De ahí que el hidalgo manchego no comprenda que puedan apresar a alguien por el acto inocente de cantar:

—Este, señor, va por canario, digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo? —repitió don Quijote—. ¿Por músico y cantores van también a galeras?

—Sí, señor —respondió el galeote—; que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he oído decir —dijo don Quijote— que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al revés —dijo el galeote—; que quien canta una vez, llora toda la vida.

—No lo entiendo —dijo don Quijote.

Mas uno de los guardas le dijo:

—Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente "non santa" confesar en el tormento. (222).

Además, en este mismo capítulo, Ginés de Pasamonte habla de su intención de escribir su autobiografía y afirma que no la ha terminado porque aún no ha acabado su vida; afirmación que remite a la incapacidad del lenguaje de aprehender la realidad, a la no

correspondencia entre las palabras y las cosas. El capítulo XXII del *Quijote*, reescrito en parte por Menard, reafirma, pues, su teoría de la arbitrariedad del lenguaje.

El capítulo XXXVIII figura también entre los que, supuestamente, Menard llega a escribir. Se trata del famoso discurso de las armas y las letras. Dicho capítulo es utilizado por el narrador para ilustrar la forma en que el *Quijote* de Menard, debido a su contexto histórico, posibilita una interpretación distinta, y en este caso negativa, a la que se le puede dar al texto de Cervantes.

No menos asombroso es considerar capítulos aislados. Por ejemplo, examinemos el XXXVIII de la primera parte, “que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras”. Es sabido que D. Quijote (como Quevedo en el pasaje análogo, y posterior, de *La hora de todos*) falla el pleito contra las letras y en favor de las armas. Cervantes era un viejo militar: su fallo se explica. ¡Pero que el don *Quijote* de Pierre Menard —hombre contemporáneo de *La trahison des clercs* y de Bertrand Russell— reincida en esas nebulosas sofisterías! (448-449)

El pasaje presenta cómo un mismo discurso es percibido diferentemente en épocas distintas, lo cual ejemplifica la teoría de la temporalidad del lenguaje.

Menard también llega a recuperar el capítulo IX del *Quijote*. El narrador crítico muestra un fragmento del capítulo que alude a la historia como “madre de la verdad” y afirma que dichas palabras redactadas por Cervantes, por el “ingenio lego”, son “un mero elogio retórico de la historia” (449). En cambio, le parece extraño que Pierre Menard, un hombre del siglo veinte, pueda pensar que la historia sea madre de la verdad; que la verdad sea “lo que juzgamos que sucedió” y no lo que sucedió realmente. Las mismas palabras cobran significados diferentes debido a que el concepto aristotélico de la historia como narradora de las cosas tal como habían ocurrido, predominante en la época de Cervantes (Castro 32), difiere del actual. Según Fredric Jameson, hoy la historia se entiende como una escritura y la realidad como una “causa ausente” que se resiste absolutamente a la simbolización. Aunque la historia no es un texto, como causa ausente, no es accesible sino a través de dicha forma (35). Reconocida la no correspondencia entre las palabras y las cosas, en el contexto de Menard resulta absurdo presentar la historia como un discurso verdadero y no como un intento escritural de aprehender una realidad que se resiste a los límites de la escritura misma. La diferencia semántica que adquiere el mismo discurso cervantino en el espacio textual de Menard reafirma, pues, la arbitrariedad y temporalidad del lenguaje.

Sin embargo, la alusión al capítulo IX del *Quijote* cumple también otra función en el cuento de Borges. “Pierre Menard, autor del *Quijote*” está escrito a manera de ensayo de crítica literaria, lo cual confronta al lector con los límites entre la ficción y el discurso crítico. La ficcionalidad de Menard, por ejemplo, es sólo comprobable por la ausencia de alguna prueba extratextual que certifique su existencia. La ficcionalidad de “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, sin embargo, se insinúa a partir de una alusión extra y pseudotextual al capítulo noveno del *Quijote*, reescrito por Menard, el cual ha sido interpretado por la crítica como una reafirmación de la autoconciencia de ficcionalidad de la novela de Cervantes.

Stephen Gilman ha apuntado que en el momento en que Cervantes interrumpe la acción del capítulo ocho para dejar a don Quijote y al vizcaíno con sus espadas en alto, la narración empieza a mostrarse como un relato con consciencia de ficcionalidad (231-232). El capítulo noveno se convierte en la narración del narrador en busca de la



continuación de su historia, la cual encuentra en los manuscritos arábigos de Cide Hamete. La narración se desplaza, surge un relato que se relata a sí mismo, un escritor que se convierte en personaje y, para peor, en un personaje lector. El espacio "real" del lector es amenazado por una ficción que se ha detenido para mostrar su proceso de gestación y, con ello, señalar la no correspondencia entre las palabras y las cosas, entre el tiempo de la escritura, de la lectura y de la ficción. En palabras de Márquez Villanueva, el hecho de que el narrador se convierta en un "narrador narrado" propone a la ficción, contrafactura de la historia, como fin de la novela de Cervantes (231). Lo que es más, al presentarse un narrador narrado que se convierte también en lector, se propone la lectura como una elaboración ficcional.

En "Pierre Menard, autor del *Quijote*" ocurre una situación semejante a la del capítulo noveno de Cervantes: el narrador, en lugar de analizar el texto de Menard, se dedica a presentar los procedimientos por los cuales éste llega a escribirlo. La crítica del supuesto texto de Menard es desplazada por la historia de Menard y la concepción de su texto. La figura de Menard, aunque parezca redundante, se ficcionaliza en el supuesto ensayo crítico convirtiéndose la ficción, y no la crítica literaria, en el fin del texto. El capítulo de Cervantes funciona como intertexto que señala la ficcionalidad del supuesto ensayo crítico de Borges reafirmando, una vez más, la identificación entre escritura y lectura, ficción y crítica literaria.

"Pierre Menard, autor del *Quijote*" no sólo propone la intertextualidad como fenómeno literario sino como estrategia de lectura. La arbitrariedad del lenguaje, su comunitariedad, su carácter lineal y cíclico, temporal y atemporal, canibalizan a escritores y críticos literarios, a textos e intertextos, los hace padecer de irrealidad.

## TRABAJOS CITADOS

- BERTRAND, J.J. "Génesis de la concepción romántica de don Quijote en Francia", *Anales Cervantinos* 3 (1953): 1-41.
- BORGES, JORGE LUIS. "La flor de Coleridge" en *Otras inquisiciones* (1952). *Obras completas de Jorge Luis Borges*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1974.
- \_\_\_\_\_. "Pierre Menard, autor del *Quijote*" en *Ficciones* (1944). *Obras completas de Jorge Luis Borges*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1974.
- \_\_\_\_\_. "Tlon, Uqbar, Orbis Tertius" en *Ficciones* (1944). *Obras completas de Jorge Luis Borges*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1974.
- CASTRO, AMÉRICO. *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Editorial Noguer, 1980.
- CERVANTES, MIGUEL DE. *Don Quijote de la Mancha*. Martín de Riquer, ed. Barcelona: Editorial Planeta, 1980.
- ECHAVARRÍA, ARTURO. *Lengua y literatura de Borges*. Barcelona: Editorial Ariel, 1983.
- FOUCAULT, MICHEL. *Las Palabras y las cosas*. México: Siglo Veintiuno, 1981.
- ELIOT, T.S. "Tradition and Individual Talent" (1920) en *Selected Essays*. Harcourt, Brace and Company.
- GILMAN, STEPHEN. *Galdós and the Art of the European Novel*. New Jersey: Princeton University Press, 1981.
- JAMESON, FREDRIC. *The Political Unconscious*. Ithaca: Cornell University Press, 1981.
- KRISTEVA, JULIA. *El texto de la novela*. Barcelona: Editorial Lumen, 1981.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, FRANCISCO. *Fuentes literarias cervantinas*. Madrid: Editorial Gredos, 1973.
- RILEY, EDWARD O'. *Teoría de la novela de Cervantes*. Madrid: Taurus Ediciones, 1981.